



El puerto de Dieppe.

Pintoresca en extremo es la vista del puerto de Dieppe y del faro de Lhay, que se descubren en lontananza en la lámina que sirve de cabeza á este número; por eso hemos trasladado á nuestras columnas una copia de este diseño, tomado desde una estremidad del murallon, cortado á pico, que defiende aquel terreno, célebre además por las antigüedades que en él existen, á causa de haber servido de asiento á una ciudad de los galos, anterior á la conquista de los romanos.

¿Valemos nosotros lo que valian los antiguos?

*Hoc majores nostri quæsi erant; hoc nos
querimus; hoc posteri nostri querentur,
si ista stant loco sedem stantibus.*

Con frecuencia nos entregamos á tristes reflexiones sobre la degeneración de la especie humana. Antiguamente, se dice, los hombres valian mucho más que ahora; gozaban siempre de salud, comían con buen apetito y vivían largo tiempo; los inviernos eran menos rigurosos, las primaveras más alegres, los estíos menos ardientes, y los otoños más templados; es evidente que ha habido una revolución en el globo; que las estaciones han cambiado, y

que los temperamentos se han vuelto débiles. El padre Feijóo es de parecer enteramente opuesto, pretendiendo que sigue todo hoy como en lo antiguo; que nuestro sol vale lo que valia á nuestros mayores; que no se vivía más treinta siglos hace de lo que se vive en nuestra edad; y cita la Biblia cuyo testimonio no espera sea recusado. Por esto el rey David, que 1085 años antes de Jesucristo, es decir, cerca de tres mil años ha, asegura en uno de sus salmos que el hombre no pasa de setenta años. Sobre esto el padre Feijóo observa que el mismo David no llegó á mucho más, y que al cumplir los setenta quedó tan friolero, que no se podía hacerle entrar en calor, que era preciso envolverlo en estofas de seda y franelas de Inglaterra, y recurrir á una joven y calorosa sunamita para impedir que se helase en la cama.

No anduvieron mejor las cosas en el Nuevo Testamento. San Juan, á quien se llama el Matusalen de la nueva ley, no pasó de noventa y tres años. Plinio, que cita los ancianos de su tiempo, casi nombra sólo octogenarios, y si presenta algunos centenarios, son en tan corto número que apenas deben mentarse. En 1726 murió en Galicia un pobre labrador llamado Juan Onteiro, vecino de Felibanes, que contaba ciento cuarenta y seis años. En San Juan del Poyo, también en Galicia, se vieron en el siglo XVIII trece ancianos, entre los cuales el más joven tenía ciento y diez años, y juntos formaban quince siglos. El inglés Eccleston

murió á los ciento cuarenta y tres años, y Juan Ellingham en 1737 había vivido ciento cuarenta y cuatro. Tomas Parr murió en 14 de Noviembre 1635 á la edad de ciento cincuenta y dos años; y quizás viviera aun este hombre singular si la pensión que le concedió Carlos I no le hubiese inducido á variar su género de vida sencillo y frugal. Por último ha descollado en edad sobre todos los hombres en tiempos modernos Enrique Jenkins, á quien las pruebas más auténticas conceden ciento sesenta y nueve años. No hay mes en que nuestras gacetas no refieran ejemplos de longevidad considerable.

En cuanto á Nestor y algunos otros, que según los poetas vivieron más de trescientos años, el P. Feijó cree que hay algun desouento, y opina que en hechos de exactitud y veracidad, no es á los poetas á quienes se debe recurrir. Es cierto que algunos escritores en prosa afirman que Juan Destemple, escudero de Carlo-Magno, vivió hasta la edad de trescientos setenta años, pero el padre benedictino supone que estos prosistas tenían alguna afinidad con los poetas; y por otra parte si el hecho es cierto, prueba que en tiempo de Carlo-Magno las generaciones no estaban aun muy degradadas.

Por lo que respecta á la fuerza corporal, los antiguos citan á Milon de Crotona, que llevó un buey sobre sus espaldas á distancia de un estudio, le mató de un puñetazo y lo comió en un día: el hecho es fuerte; y así se han encontrado críticos que han pretendido haberse cometido alguna falta por los que lo copiaron, y que debía leerse *ovem* en vez de *bovem*: esto explicaria mejor el milagro. El P. Feijó no objeta estas interpretaciones, opone á Milon un bravo español llamado Satillo, á quien todo Madrid vió lanzar á doce pasos una piedra de cuatrocientas libras de peso: es cierto que no la comió; pero si se hubiese presentado alguno bastante poderoso para convertirla en pan, ¿sabemos lo que hubiera sucedido? Los anales de la gastronomía contienen muchos ejemplos de un vigor de apetito y de estómago que pueden gloriosamente rivalizar con la proeza de Milon de Crotona; pero quién podría asegurar que la historia de este célebre atleta no la sido escrita por un sabio retórico quizás demasiado apasionado á las hiperboles?

De todo esto el erudito Feijó concluye que los hombres son hoy día lo que eran antiguamente; que es presumible que las generaciones venideras se parecerán á la generación actual, y que verdaderamente es tener lágrimas de sobra dedicarlas á la pretendida decadencia de la especie humana.

Pero si el mundo se ha conservado bastante bien en lo físico, ¿se ha constituido felizmente en lo moral? ¿Tenemos Sócrates y Catones como antiguamente? ¿Nuestras mujeres son tan fieles, nuestros hijos son tan dóciles, nuestros sacerdotes tan piadosos, nuestros mercaderes tan escrupulosos, nuestros abastecedores tan delicados, nuestras hijas tan modestas? ¿Tuvo razon Horacio, cuando dijo que todos los siglos van declinando, que nuestros padres vallan menos que sus abuelos, que nosotros valemos menos que nuestros padres; y que nuestros hijos valdrán menos aun que nosotros? ¿Es verdadero que hubo una edad de oro en que todas las esposas eran modelos de discrecion, de pudor, de amor conyugal; todos los maridos amables y ociosos, en la cual no se conocian médicos, abogados, cocineros, boticarios, aduaneros, perceptores de contribuciones, guardas de caza, guardas campestres; en que se repartian sin querellas todos los bienes de la tierra; en que se contentaban los hombres comiendo miel y bebiendo leche? ¿Es verdadero que á esta edad de oro haya sucedido otra de plata, despues otra de cobre, y que nosotros vivimos en el siglo de hierro?

Si se creó á los que no pueden ya cómor, ni bailar, ni hacer la corte á las bellas, en su tiempo todo iba mejor; se era mas instruido, mas respetuoso, menos gastador, se andaba mejor vestido, mejor alojado, mejor alimentado; la sangre era mas pura, la especie mas bella, la constitucion mas fuerte, el espíritu mas abierto, el corazon mas franco; todo era mejor, hasta las peras de D. Guindo eran mas azucaradas y mas finas. Pero nuestro benedictino está lejos de creerlos bajo su palabra: ha examinado atentamente todas estas cuestiones, y sus resultados son, que tan malos como somos, nuestros padres no eran mejores que nosotros. Empieza por Adán y Eva, que en vez de vivir felices y satisfechos en un magnífico jardín, en que encontraban sin trabajo todo lo que podía complacer á sus deseos, quisieron más hacer pacto con Satanás que vivir en buena inteligencia con

Dios, y se dejaron arrojar vergonzosamente de la mas bella mansion que honradas gentes pudieran habitar. Pasa luego á Cain, que por un criminal movimiento de odio ó de celos, mató á su hermano Abel: describe los excesos y crímenes de esta raza de Cain, que traspasó realmente todos los límites de la justicia y de la razon, hasta que Dios no vió otro partido que tomar qué destruíra enteramente.

Excepción no obstante á Noe y á sus hijos, que apenas salidos del arca, empezaron ya otra vez la revolucion contra Dios fabricando una torre enorme para burlarse en adelante del Diluvio. El padre benedictino repasa los altos hechos de Neírrod, que redujo á sus iguales á la servidumbre, y dió el primer ejemplo al hombre de atentar contra la libertad de sus semejantes. Reliere las fastidiosas aventuras de Sodoma y de Gomorra, de Lot y de sus hijas, la proscripción de José, los desastres de Egipto, la idolatría de Israel en los desiertos, las debilidades del santo rey David, los desórdenes de sus hijos, la crueldad de Adoniseac, rey de Jerusalem, que hizo poner bajo su mesa setenta pequeñas reyes, á los cuales había mandado cortar las estremidades de los pies y de las manos; la de Abimelech, que para subir al trono, hizo bajar sin reparo al imperio de los muertos á setenta de sus hermanos. Recorre la lista de los augustos soberanos de Israel y de Judá casi todos idólatras, perjuros, indolentes y crueles; llega al reinado de Aristóbulo, que hizo morir de hambre á su propia madre; al de Herodes que mandó degollar todos los inocentes menores de dos años, lo que obligó á Augusto á decir que preferiria ser el cochino del tirano á ser su hijo; y despues de esta enumeracion de barbaridades, pregunta nuestro autor: ¿qué debieron hacer los otros pueblos, si el pueblo de Dios se condujo de esta manera?

Demuestra que la guerra de Troya fué causada por la audacia de un jóven libertino y la inconcienencia de una princesa hermosa: que Elena se había dejado ya seducir por Teseo, y que su criminal cuñada Clitemnestra no era mas casta ni mas fiel esposa que ella. Describe el frenesí de los mas célebres reyes de Babilonia y de Persia, tales como Sardanápalo, que pasó su vida en lo interior de su palacio rodeado de una tropa de mujeres, de que había tomado el vestido y las costumbres, manejando la rúsea y el lino entre ellas, no sabiendo hacer otra cosa que hilar, comer, beber y entregarse á los placeres mas infames: un Nabucodonosor, lleno de orgullo, y reducido en castigo de sus excesos á pacer la yerba de los campos y vivir en medio de los bosques convertido en buey, según unos, y cambiado en gallina, pavó ó oca según otros: un Jerjes, que en el acceso de su leonra hizo uzotar el mar: un Artajerjes, prodigio de amor fraternal, pues en una mañana hizo degollar ochenta de sus hermanos. Nuestro autor cita luego la autoridad del filósofo Asclepiadoro, el cual habiendo pasado á la Siria para estender sus conocimientos y aumentar sus virtudes, confesó francamente que en todo el camino solo había encontrado tres hombres que no fuesen tanantes.

¿Se quiere pasar de Siria al Lacio, y examinar el imperio de Roma? Comienza Rómulo matando á su hermano Remo, los tarquinos cometen mil excesos. Tulia hace pasar su carro por cima del cadáver de su padre, se destronan los reyes, y para adular al pueblo los consules devastan toda la Italia con guerras las mas injustas y crueles: los decenviros presentan á Virginia á su padre, y obligan á este desgraciado á degollar á su hija para salvarla del deshonor. Toda la historia romana es un tejido de injusticias, usurpaciones y calamidades para el género humano.

En fin, llegan las guerras de Mario y Sila, las de César y Pompeyo, las proscripciones de Antonio, de Augusto y de Lépido, los reinados de Tiberio, Caligula, Nerón, Domitiano; la humanidad respira un momento bajo Trajano y Antonino, pero vienen luego Cómodo, Heliogábalo y todos los monstruos que desolaron la tierra durante tantos siglos. Se nos cita, es verdad, á Lucrecia y á las Vestales, ¿pero para un modelo de virtud, cuántos ejemplos de vicios y crímenes de todas clases!

Se sabe hasta qué punto los griegos y romanos elevaron la gastronomía. Los devoradores de la montaña de Caucalear no son mas que anacoretas en comparacion de los Apicios, Espos, Lúculos y tantos otros que habían inventado recetas para arrojar despues de comer, y volver á tragarse al momento.

El cristianismo puso algun remedio á la depravacion

general; se vieron durante un corto número de años hombres virtuosos que practicaban con puro corazón los preceptos del Evangelio; pero este fervor duró poco tiempo. San Crisóstomo, que florecía en el siglo IV de la iglesia, se entregó á las mas amargas reflexiones acerca del desorden y la decadencia de costumbres. Según él, no habia en toda la ciudad de Antioquia, que contaba mas de seiscientas mil almas, cien personas que pudiesen admitirse por buenos amigos, lo que da un hombre de bien por cada seis mil.

San Agustín, que vivía en el mismo tiempo, no nos da mejor idea del occidente; y si se cree lo que dice en un comentario sobre el salmo 48, solo habia en todo el país de cristianos que conocía, dos ó tres de quienes él hubiese querido responder. San Gregorio, cuyos talentos y virtudes dieron honor al siglo VI, compara la iglesia al Arca de Noé, que encerraba muchos animales y pocas criaturas razonables.

Consúltense los anales de nuestra monarquía; véanse casi todos los reyes godos morir asesinados, hermanos matar á sus hermanos, hijos inmolarse á sus padres para poseer un trono del que habian de descender envenenados. Ved á Eurico, á Leovigildo, á Witrico, á Witiza, á Rodrigo, monstruos de la humanidad, cebarse en la sangre y en los tormentos de sus hijos, de sus parientes y amigos. Llega el feliz reinado de D. Pelayo; pero la sucesión de este príncipe famoso es solo una cadena de asesinatos y usurpaciones intervalada por eslabones menos criminales.

¿Qué ofrece la primera dinastía de la Francia? Príncipes feroces, ignorantes y libertinos; descompuestas Prédugudas y otras mil princesas, vergüenza y oprobio de su sexo: en el segundo linaje un tropel de hordas bárbaras, uniéndolo sus vicios salvajes á la corrupción de los descendientes de Carlo Magno; el mas horroroso despotismo por una parte, la mas vergonzosa servidumbre por otra.

En la historia de las demas naciones se ve el cuadro de expediciones militares parecidas á correrías de bandidos, la disolución de las costumbres en las cortes, en las iglesias, entre los grandes y entre el pueblo: reinas alistando sus augustos esposos en las cofradías mas espuestas á los sarcasmos del público; frailes y curas, deshonor de su estado; mugeres sin decencia, maridos bárbaros, hijos armados contra sus padres, vasallos contra sus príncipes. Leed los sermones de Menot de Barlette, de Olibier Maillard, y vereis si las mugeres de su tiempo valian mas que las nuestras.

De todo esto, ¿qué hemos de concluir? Que nuestras eternas y dolorosas quejas sobre la decadencia del género humano son gemidos inútiles; que nosotros somos hoy día lo que se era antiguamente, y quizás aun lejos de haber degenerado, valemus mas que nuestros pasados. Los siglos, como los años de nuestra vida, tienen sus alternativas de bien y de mal; las naciones sus accesos de salud y enfermedad, de sabiduría y locura; pero es preciso siempre volver al pasaje de Séneca. «*Hoc majores nostri questum sunt; hoc nos querimus; hoc posteri nostri querentur. At ista stant loco eodem stabuntque; paululum dumtaxat ultra aut citra ut fluctus.*» De ello nuestros abuelos se quejaron; nosotros nos quejamos despues de ellos; nuestros descendientes se quejarán tambien despues de nosotros; pero todas las cosas quedarán en el mismo estado poco mas ó menos, como las olas agitadas por el flujo y el reflujo.

G. F. L. de A.

ANTIGUEDADES.

Los camafeos, mosaicos y piedras grabadas en ondo, que se diseñan al pié de este artículo, forman parte de la pequeña colección de antigüedades, que posee nuestro amigo y colaborador el Sr. D. Remigio Salomón, juez de primera instancia de la ciudad de Dania, y que ha podido recoger, á fuerza de tiempo y de un trabajo impropio, de las ruinas de *Clunia*, *hemeroscopium*, *illici* y *sastabis*, de cuyos puntos proceden mil y mil antiguallas, que en su mayor parte se destruyen ó llevan á los Museos extranjeros, porque no se ha fijado aun la consideración entre nosotros, en lo ventajoso que sería para las ciencias y para nuestra

propia gloria, el hacer las escavaciones necesarias, dirigidas por personas competentes, que se prestarían gustosas á ello en los sitios que ocuparon las colonias y municipios romanos, abandonados hoy á manos profanas, que destruyen ó malvendrán cuanto sale á la superficie, al renovar la tierra para las labores agrícolas.

Lo que nosotros digésemos acerca del mérito artístico de los citados camafeos y mosaicos y de las estremadas paciencia, habilidad y caprichosa idea de sus autores, sería superfluo, cuando está barto patente á la vista de todos; bastando saber que unos y otros se componen de piedras finas, que las de los segundos son de variados colores, colocados de modo que las figuritas, flores y demas que representan, parecen robadas á la naturaleza.



EPISTOLAS

EN CONTESTACION AL PROSPECTO DE LOS RECUERDOS DE UN VIAGE EN ESPAÑA, QUE PUBLICA EL SEÑOR DON FRANCISCO DE PAULA MELLADO.

I.

Pamplona á 12 de noviembre de año de gracia de 1840.

Pecador soy, señor Mellado, y muy grande, puesto que ejerzo el oficio de fiel de fechos, en este lugar diputado; pero no tanto (á mi pobre juicio) que merezca la espantosa penitencia que V. me impone, enviándome el prospecto y las entregas de sus *Recuerdos*. Recibí lo publicado con tres actos de contrición, que apliqué por tres personas: el primero por mí; el segundo por V. que tan desacertadamente da á luz semejante mamarracho; y el tercero por el triste autor que así quiere ponerse en berlina. Y me pesa mucho mas de que V. y el autor (si no son conjunta persona) hayan emporcado los moldes y su nombre bueno ó malo con esta rarisima rapsodia. Confieso (y digo con reflexión que lo confieso, porque lo tengo por gravísimo pecado) que consentí en la maldita tentación de leerla á pesar de su bárbaro título y de ser cosa publicada por V.: Dios me perdone semejante propósito, como yo perdono á V. el disgusto que me ha causado.

Estas ó semejantes razones decía un crítico del pasado siglo, y las repito, porque vienen á pelo, aunque no soy crítico ni quiero serlo. ¿Quién tan pesada carga se echará

sobre sus hombros en los tiempos que corremos, cuando la única ignorancia de los periodistas zarcidores ha envilecido el oficio? ¿Quién asemejarse quiere con los casquivanos y pretenciosos declamadores que han resucitado las agrías polémicas de Forner y compañía?...

Mas ella es que V., Sr. Mellado, desea saber la opinion de sus lectores para publicar ó no el nombre y retrato del autor de los *Recuerdos de un viaje en España*, y preciso me ha sido tomar la pluma para endilgarle dos ó tres epístolas, que si le parecieren agrías, juzgue que otra cosa no puede producir el amojamado ingenio mio, como quien se halla en estas rocas y ventiscas, rodeado de apremios, repartos y otras imperlinecias administrativas, rentísticas y judiciales.

Tú lo quisiste

Tá ta la ten:

Con el prospecto me escuchó.

Y comenzando por el comienzo, habeis de saber que en cierto pueblo del remote de Andalucía habia un cuatrero rodomado, que era un ágrila en el oficio de engañar bobos y de adobar burros arruinados por el trabajo y los años. Un día en que, gracias á las persecuciones de la justicia, andaba el habilidoso chalan por montes y despoblados, tropezó con un rucio matado, roñón, cojo, ciego y con sus puntas y collar de loco. Tenia muy buen alma el gitano, y como pudo trasportó su hallazgo al lugarcillo mas cercano, y tanto y tan cabalmente cuidó al rucio, que su pelo cambió la color, fueron remendadas las anelias cicatrices de su lomo, se le puso un rabo que parecia como nacido, tomó carnes á fuerza de afreño, de rozarse los dientes se le quedaron cual si fuera mozo, y, para visto de lejos, por detrás presentaba engañosa forma de burro mediano. Llovido cayó un serrano poco avisado, y el cuatrero le presentó la bestia trabada y entre dos luces recomendándosela con estas ó semejantes razones:—«Torre, compadre, el borriquillo sobre seguro, que es bueno para todo, así yo no me saldre hombre, por estas cruces: no lo destrabe, que cocea; pero en el trabajo... es mas fuerte que los clavos de Cristo!...»

La manera no sé: el serrano entró por todas, y á la noche le llevó el chalan la bestia á su casa. Quiso el arriero poner en recua al *moño*, y se portó como ciego y cojo. Buscó el comprador al cuatrero y le dijo enfurecido, quemado:—«¿Hombre, no me dijo V. que el borrico servía para todo?...»—«¿A que lo ha puesto V. á andar?... le interrumpió el chalan sin inmutarse.—«Como que soy arriero...»—«Pues para todo sirve menos para eso.»

Pues para todo, carísimo editor, servís menos para autor de libros: y si no, ¿qué enseñar la cojera en el prospecto, en el título mismo de la obcecada? Hubiérais aguardado al cuerpo del libro, y Cristo con toños.

Porque decidme, desventurado, ¿qué entendéis por *Recuerdos de un viaje en España*? Por España ya lo entiendo; que así lo dijeron Cervantes, Mendoza, Granada y nuestros clásicos todos; pero de la otra manera no parece sino que nuestra pobre nación se ha convertido en *omnibus* ó barco del canto. La preposición *en*, que es el *in* latino, señala localidad, la emboscacion, carruaje ó cabalgadura en que uno va; y aunque puede usarse hasta de otras nueve ó diez maneras, ninguna tiene analogía con el caso en cuestion. La preposición *por* sobra V. que ha sustituido á las *pro* y *per* latinas para los usos que se las empleaba en los tiempos de la baja latinidad y de la edad media.

Sed cytis croceum per prata virentia flos que dice Pesta Avieno, de quien V. habré oído hablar por su célebre poema de *Oris marítimis*; y uno de los casos mas señalados en que exclusivamente oficia la tal preposición castellana es para denotar el tránsito por una parte.—«*Viajada por el aire*,»—«*Comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por el conocido)*, dice el manco de Lepanto y no en el antiguo y conocido campo de Montiel, ni menos volaba en el aire.

Verdad es, Sr. Mellado, que como V. es tan geógrafo, dígame si en su peregrina *España*, recordaría aquello de Strabon en su libro III, de que la Hesperia se asemeja á una piel de buey, flotante entre ambos mares, y creera V. que el autor de los recuerdos se habia dado á la vela sobre el tal cuero, y que de tal viaje eran las memorias. ¡Ojalá hubiera sido así, á ver si desculara V. otro mundo á la *Arctúrida* de Platon ó otro apostadero donde no llegase el calor en buenos dias.

Para que el libro prohibido por V. fuese malo de rema-

te, faltábale solo que en las seis palabras del título hubiese un pecado garrafal contra la sintaxis ó sintaxis castellana.

In capite libri scriptum est de me.

«En la frente llevais el sello.»

¡Después del título viene el prospecto!!!... ¡Oh traductores catalanes acuchilladores de nuestro hermoso idioma; literatos chules, melendados y hambrientos; secundos trovadores de las sociedades y liceos provincianos; novelistas misteriosos de los avisadores locales que nacen para vivir un dia; dramaturgos de piezas andaluzas y de comedias de circunstancias; desairados autores cuyos informes legajos yacen entre la basura de los teatros; periodistas de la tijera; correvediles de la gaceta; sustres de la crónica estrangera; zapateros del folletín con toda la innumerable caterva que se encierra debajo del nombre de literato! Bajad el toldo, amainad las velas, ceded en brios, y no os llameis tales, si capaces no sois de escribir un prospecto como el de los *recuerdos de un viaje en España*. Allí encontrareis los galicismo á cientos, el empirismo á torrentes, el puff por excelencia. ¡Allí enrevesado estilo, gramática parda, panegiricos *pro domo sua*, con todos los sobajados lugares comunes que para tales casos y cosas estan en usol y vos, Sr. Director de la distuelta sociedad literaria, tan renombrado por semejantes dichos, hechos y fazañas, deslucado ante el modesto Sr. Mellado, puesto que daros puede *torre arri* y *reina* en el juego.

¡Admirable contraste el que ofrecemos con las demas naciones del mundo civilizado! Mientras que las academias científicas y el gobierno mismo de otros países se esfuerzan por dar publicidad á los buenos libros; mientras que en Londres, Berlin, Viena y Paris los principales editores dan preferencia á las obras clásicas desdenando las demas, en España los mas ricos y acreditados celan sus prensas con bárlaras traducciones y con detestables rapsodias!!...

Soy, amigo mio, demasiado ágrico con V. porque le reconozco prendas para el comercio de libros. Ha creado con fé y constancia una numerosa clientela, ha moralizado á sus correspondientes, y ha plantado un establecimiento tipográfico grande, si no perfecto. Mas qué beneficio han recogido de ello las letras y las artes españolas?... A su buen juicio lo dejo. ¿Podrá el nombre de V. figurar entre los de Sancha é Ibarra? ¿Dónde estan los clásicos antiguos, los libros de mérito literario, las ediciones *lustradas* con lujo y esmero por artistas como Carmona y Enguilaños, las traducciones siquiera medianas, las impresiones correctas y bellas que debía haber publicado su establecimiento?...

¿Puede compararse la *biblioteca popular* (y cuenta que es la mas aceptable de sus publicaciones) con la de Charpentier, con la de Ullot, con el tesoro de Baudry? Pues los tomos en Francia cuestan menos que los de igual volumen de la *biblioteca*.

Siguiera V. intercalando entre sus traducciones obras como *la moral* de Cayetano Cortes, *la María* de Santos Alvarez, *los estudios históricos* de Bermudez de Castro y *los viajes de Frai Gerardo*, periódicos como *el Iris* y *la Revista Europea* (que al principio salieron de sus prensas) y no mereciera lo que ahora como editor; publicara V. á vuelta de su ajeja, una coleccion de crónicas de las milicias que duermen en las bibliotecas particulares, ediciones correctas de nuestros lípicos y dramáticos, de los clásicos griegos y latinos, y su nombre pasaria á la posteridad. Esto no es una personalidad: V. ha contribuido á tergiversar nuestra fecundísima revolucion literaria; V. es un obstáculo para su consolidacion, y debe ser denunciado como tal.

Es muy amargo, lo repito, que hayan monopolizado el comercio de libros, V. con sus pasimas ediciones y su mal gusto, y la *Sociedad Literaria* con publicaciones inmorales, como *La Risa* y *El Donnie Lucas*, ó extravagantes en sus tendencias y de ínfimo valor literario, como *La María*, *la Marquesa de Bellafior*, etc.

La Academia de la historia, en tanto, carece de editor para los importantísimos trabajos de sus individuos, para los preciosos manuscritos que guarda en sus archivos; Gayangos tiene que imprimir en Londres las traducciones de nuestros cronistas árabes; Calberon y Galiano se refugian á una revista donde no pueden pagarles el papel que gastan en apuntaciones para cada cual de sus concienzudos trabajos; Lafuente Alcántara, Quinto, Benavides, el numismatico Belgado, los principales juriconsultos reunidos para la Enciclopedia de Jurisprudencia, los conser-

taristas del Código penal. Mata, distinguido en las ciencias médicas, Balmes y otros sabios se han visto obligados á ser editores de sus obras; los poetas dramáticos mendigan un editor para sus comedias; y Rubí, Fernán Caballero y Ariza se arrojan á los folletines de los diarios políticos buscando lectores y sacrificando el valor mercantil de su ingenio por la honra.

¡Pobre Delgado, cuya reputación tanto mordieron los poetas tus protegidos, vivieras ahora y estarías muy orgulloso de tu pasada!!... Tú al menos estendiste á costa de grandes sacrificios las primeras obras de Larra, de Espronceda, de Hartzenbusch, de Rubí, de Zorrilla, de Cortés y de Latorre; tú publicaste una galería del teatro español antiguo y moderno y extranjero que será siempre buscada y recomendable por su belleza tipográfica, por el renombre de sus autores que hoy componen lo más florido de todas las carreras; tú hiciste en fin por los dramaturgos lo que nadie ha hecho por los historiadores, por los sabios, por los novelistas ni por los literatos en general...

¡Ah! Señor Mellado, cómo hacen la apología de vuestros talentos Muñoz Maldonado, Basilio Sebastián Castellanos y otros de vuestros autores predilectos!...

Mas de mi objeto me estravió mucho, que es dar á usted mi opinión sobre los *Recuerdos de un viaje en España*, para que juzgue si es ó no conveniente el publicar el nombre y retrato del autor de esta obra, no sea que la posteridad se descuernie por averiguarlo, y sufran un torozon ó tabardillo pintado los eruditos del año 2000 por ignorar cómo tenía las narices el que tal monumento literario se atrevió á concebir; el que concibió y parió ese libro para todos, como V. gállicamente dice.

Esta opinión mía quiero darla lealmente y en razones apoyada con alguna que otra reflexioncilla quier aguda ó picaresca, quier de indignación laudable con su coleta de ejemplos y comprobantes sacados del texto que á la vista tengo. Y como esto no cabe ya en la presente epístola, dejémoslo por hoy, que he de refrendar varios pasaportes y acudir á los mozos de mi lebranza antes de conseyar con mi almohada.

Suplicándole me perdone tanta impertinencia hija de mi buen deseo, concluyo

Suyo afectísimo,

ED FIEL DE FÉCROS DE PAMPANEIRA.

La mañana de un Literato.

Muchas personas se figuran que la vida del escritor está sembrada de placeres y satisfacciones, sin tomar en cuenta los sinsabores y disgustos que la rodean, los trabajos y miserias que tiene que pasar el que se siente animado de una verdadera vocación antes de adquirir alguna celebridad, ni los disgustos y penalidades que le aguardan así que su nombre sea conocido y haya conseguido por fin reportar algún beneficio de su trabajo.

Y sobre todo el escritor dramático! Ya en los primeros tiempos de este periódico publicó cierto poeta distinguido un artículo en que con los mas vivos colores hizo patentes las *tribulaciones de un pobre autor de Comedias*. Pero aquel artículo se refería tan solo á la desigual y tremenda pelea que constantemente tiene que sostener el poeta contra actores y libreros, á las intrigas de bastidores que tiene que vencer y á las ridiculas exigencias á que muchas veces tiene que sucumbir; nada decía de la vida íntima, de las molestias diarias, del perpétuo tormento que está condenado á sufrir el literato y con especialidad el escritor dramático. Cuando á fuerza de estudio y perseverancia ha logrado ésto ocupar en la sociedad una posición decorosa y estable, cuando su nombre empieza á ser repetido con entusiasmo y orgullo por sus conciudadanos, le aguardan todavía penalidades sin cuento que antes no conocía ni podía tal vez adivinar porque se figuraba que la gloria solo había de reportarle aplausos y popularidad. ¡Terrible popularidad! Así que un escritor la alcanza se vé súbitamente rodeado por una multitud de entes importunos y fastidiosos que le asedian sin descanso y giran en torno suyo, á la manera que los zánganos al rededor de la flor cuyo jugo intentan chupar.

De este número los mas insoportables son los que poseen un *album*. El *album* es la pesadilla de todo poeta ó artista que goza de alguna reputación. No hay dama vetusta, no hay niña relamida y empalagosa que ya no tenga el suyo, y con el cual no deje de asediar sin descanso, de día y de noche al infeliz poeta que tuvo la desgracia de hacer tal conocimiento. Y si aun fuese un preservativo contra semejante plaga, tener la dicha de no conocer vieja alguna literata, ni niña relamida; pero nada de eso. No basta en el día que el escritor no tenga el menor contacto, la menor relación con la propiedad de un *album*; sobre con que ésta sepa que hace versos; acudir á su papá, ó á su marido para que escriba una carta muy atenta al desventurado vate, poniéndole en las nubes, exagerando su reputación y rogándole por último que se tome la molestia de enriquecer aquel libro de primos con alguno debido á su pluma.

Por no cansar al lector con la enumeración de los tormentos y miserias de la vida del poeta, preferimos ofrecer á su vista una escena de las muchas en que está condenado á figurar como protagonista. Escogémoslo para nuestro intento un literato casado, porque si es cierto que el himeneo es un dulce yugo, no lo es menos que las musas y la rima se avienen mal con el llanto de un chiquillo y las obligaciones del matrimonio.

Eduardo es un poeta distinguido; tiene una mujer bellísima y dos niños á quienes quiere entrañablemente. Entremos en su despacho, en el cual se sienta á trabajar á eso de las diez de la mañana.

Eduardo (sentándose en su bufete.) Pues señor... Vamos á hacer algo... hoy me siento inspirado... (Mirando al reloj)... Las once ya!... Hemos almorzado muy tarde... Tengo dicho mil veces á mi mujer que quiero encerrarme todos los días á las diez en mi despacho; pero no hay quien la haga entrar en que ha de adelantarse ó atrasarse la hora de las comidas porque uno esté metido en trabajo ó se halle en un momento de inspiración. En diciendo... «Ya tienes el almorzo»... ó... «ven á almorzar» no hay mas remedio que obedecer, porque de lo contrario bloquean mi despacho y ya tenemos todo el día ceño y mal humor. (Coge un cuaderno manuscrito que está sobre la mesa.) ¡Calla!... qué es esto?... no conozco esta letra... algún otro manuscrito que me hubrán traído... No sé cuántas veces he de decir que no quiero leer ninguno. (Bojeando el manuscrito.) Vaya una lebrilla! Los tales autores debían aprender al menos á escribir inteligiblemente... ¿Qué especie de avechucho será este? (Lee el título.) El gran Turco enamorado, ó Pañal, Veneno y Dogal!... ¡Bravo!... ¡El título promete! ¡Drama en cinco actos y dos prólogos! Esto es; y entrelégase vd. dos ó tres horas describiendo esto. (Deja el papel en un rincón de la mesa.) Si había de leer todos los manuscritos que me van endosando, no sé á qué hora me pondría á trabajar; porque apenas si me bastaría el tiempo para revisar las obras de los demás. Ya la echará una buena luzca á mi mujer para que no vuelva á recibir ningún papelito por el estudio. Ea, vamos ahora á continuar mi poema á *La Esperanza*.—¡Hola!—¿Dónde me han metido lo que tenía escrito?—¡Adios!—Ya han andado en mi pupitre y me han revuelto los papeles.—Esto no se puede sufrir. (Llama.) ¡Luisa! ¡Luisa! (Luisa, en traje de casa y con una cofia muy elegante.) ¿Qué quieres? ¿Hababas?

Eduardo. ¿Has andado tú con los papeles de mi pupitre? Luisa. ¡Yo! ¿para qué necesito yo andar en tu pupitre?

Eduardo. Pues entonces no hay remedio, ha sido la criada...; hasta las plumas!...; los polvos! Día vendrá en que me han de coger una escena, un capítulo ú otro papel de interés para chamuscar pichones ó hacerse los rizos. (Gritando.) Tengo dicho que no quiero que nadie toque á lo que está sobre mi mesa.

Luisa. ¡Jesus! ¿qué furia! Bien, hombre, bien... Nada tocará. Pero no se necesita gritar tanto para eso.—Díme: ¿qué tal te parece esta gorrita?

Eduardo (registrando los cajones de la mesa). ¿Dónde diablos estará el tal poema?—Ayer mismo lo dejé aquí... Luisa. ¿No es verdad que me sienta bien?

Eduardo. ¿Hasta las obleas!—¡Pues! ¡ni una sola han dejado!

Luisa. ¡Oh! lo que es las obleas las habrá cogido tu hijo para jugar. El color de la cinta es bonito, ¿no es verdad?

Eduardo. Si ha sido la niña es otra cosa, con tal que no

se las coma... son bastantes para causar una indigestión. — ¡ Ah! ¡ gracias á Dios! — ya está aquí el poema...

Luisa. ¿ Vos cómo no se ha perdido y has estado gritando en balde? Pero di: ¿ no te gusta el color de estos lazos?

Eduardo (sin mirar á su mujer). Sí, sí, son muy bonitos... de muy buen gusto... te hará muy bien.—Pero, mira, déjame trabajar.

Luisa. ¿ Qué tal? Ni me ha mirado siquiera. ¡ Vaya un marido galante y caballeroso para ser poeta! Luego vendrán diciéndome: — ¡ Jesús, qué dichosa es V. en tener por marido á un hombre de talento! — ¡ Ah! ¿ has visto esa comedia que te trajeron ayer? Te la puse ahí encima...

Eduardo. Sí, y maldita la gracia que me ha hecho. Dígote ahora y para siempre que no quiero volver á leer mas producciones de hombres á quienes no conozco. Vienen á pedirle á uno su parecer, y si se les dice francamente, se enfadan. Ahora hazme un favor, si quieres.

Luisa. ¿Cuál?

Eduardo. Déjame solo.

Luisa. ¡ Qué amabilidad!... Ya voy, ya voy. Cácese usted con un literato! Ni ha reparado siquiera en mi gorra!

(Vase Luisa del despacho de su marido; este se sienta en su sillón, coge el poema, lee, se pone á pensar, y en seguida esclama mientras corta los puntos á una pluma.)

Me parece que así puede pasar,

Vamos ahora con la descripción de la mujer. *(Frotándose la frente.)*

« Ángel consolador, que...

(Se oye arañar á la puerta.)

« Del hombre dulce apoyo... y... y...

(Vuelve á oírse arañar mas fuerte.)

— ¡ Pero quién demonios está arañando ahí? ¡ Cuando algo que no me han de dejar en paz!

(Cesa el ruido.)

— No parece sino que lo hacen adrede... ¡ Eh, ya se me fue la idea!... ¡ Ah!...

« Ángel consolador de la existencia,

(Vuelven á arañar con mas fuerza, y oúese dar de puntapiés á la puerta.)

Eduardo. ¿ Qué es eso?.... ¿ quién anda ahí?... ¿ me dejarán VV. en paz?

(Levantándose á abrir la puerta. Aparece en el cancel una niña de seis años con un muñeco de papel en la mano.)

La Niña. Soy yo, papá: ha llamado quedito porque mamá me ha encargado que no haga ruido... y como soy chiquita no alcanzo al picaporte.

Eduardo (con tono áspero, pero que va suavizando por grados). ¡ Cómo se entiende, niña! ¿ es V. la que viene... sin pedirme permiso... ¡ ah!... esto es insuportable... *(Trayéndola hácia sí.)* Vamos, ¿ por qué has llorado? ¿ qué es lo que quieres?... ya sabes que las niñas que son buenas no lloran.

La Niña (muy deprisa y sin tomar aliento). Papá, es que mi hermano me hace rabiar todos los días, y me ha pagado y me ha roto el hilo de este mono, porque no se lo he querido dejar.

Eduardo. ¡ Hola! Conque el señor Carlitos se divierte en eso? Yo le ajustaré la cuenta.

La Niña. Sí, porque le he dicho que te lo había de contar me ha sacado la lengua y me ha respondido que no se le importa.

Eduardo. ¡ Picaronazo! ¡ Yo le compondré! ¡ Eh! anda, hija mía, vete.

La Niña. Compongamos primero el monigote.

Eduardo. ¡ Ay! hija, no tengo ahora tiempo... ¡ qué demonio! *(Cogiendo el monigote.)* Si has roto todo el hilo.... Aquí debo tener torzal para coser los manuscritos. *(Le pone otro hilo.)* Vaya, ten, te la he puesto mas larga para que puedas tirar mejor.

La Niña. Muchas gracias, papá.

Eduardo. *(Después de darle un beso.)* Eal Ahora déjame solo, y no vengas á incomodarme *(vuelve á cerrar la puerta del despacho),* porque me enfado de veras. *(Siéntase de nuevo á la mesa, y empieza otra vez á leer.)* Vamos á ver... si ahora quiere Dios.

« Ángel consolador de la existencia

Esto es... prosigamos... Yo tenía otro verso... Ah!.... « Es la mujer... No, no era esto... Señor! tenía un pensamiento hace poco... Ah! ya está aquí...

« Del hombre dulce apoyo y...

(Abrese la puerta con estrépito y entra saltando y dando voces un muchacho de ocho años.)

El muchacho. Eh! yo puedo abrir... Soy grande y no tengo que poner sillás... Le llevo á mi hermana toda la cabeza.

Eduardo. (Muy enfadado.) Cómo se entiende!... Quién le ha mandado á V. entrar así en mi despacho?... No sabe V. que se lo tengo prohibido?... Fuera de aquí... Yo le fiaré á V. que rompa los juguetes á su hermana y la saque la lengua!... Vamos pronto, fuera de aquí!...

(El muchacho, que ha puesto una cara muy compungida conforme ha ido escuchando el regaño de su padre, le vuelve la espalda muy desconsolado y sin contestar una palabra. El padre le vuelve á llamar.)

Eduardo. Vamos á ver, ¿ por qué has entrado aquí?... Algo se trata.

El Muchacho. (Reprimiendo el llanto.) Sí... pero te has enfadado conmigo.... Me voy.... porque no quiero que te enfades.

Eduardo. Ven aquí, ven, te digo. *(Le coge de la mano.)* Quién te mete á romper los juguetes de tu hermana?... No tienes tú los tuyos?... Tú que eres mas grande debías tener mas juicio y no hacerla llorar.

El Muchacho. (Haciendo por llorar.) Sí; pero ella no te ha dicho que me ha echado á perder mi teatro, y me ha manchado todas las decoraciones... Yo quería hacer comedias como tú... ay! ay! ay!... y ya no puedo... porque me han roto las patas de los árboles.

Eduardo. Pobrecillo! Conque te han roto tu teatrillo?... Vamos, no llores... yo te compraré otro... Mira qué hermoso terron de azúcar!

El Muchacho. (Cogiéndole.) Muchas gracias, papá. Ah! dame un lápiz para dibujar unas figuritas... yo le afilaré.

Eduardo. Nada de eso; te puedes cortar, y yo no tengo tiempo para hacerlo.

El Muchacho. Anda, papá!... un lápiz... un pedacito no mas, y te dejo al momento.

Eduardo. (Cogiendo un lápiz y afilándole de prisa.) Eras tan testarudo y tan terco como tu madre! Vamos, ahí tienes el lápiz, pero véte pronto y no me vuelvas por aquí, porque te sacaré de las orejas.

El Muchacho. (Cogiendo el lápiz.) Gracias, papaito. *(Vase saltando, y cierra la puerta con estrépito.)*

Eduardo. ¡ Qué chlico tan listo! pues no dice que quiere hacer comedias como yo! *(Volviendo á tomar la pluma.)* A ver si ahora me dejan.

« Del hombre dulce apoyo y... No, no era esto... La mujer es un ángel... Tampoco!... la mujer está lejos de ser un ángel. Ya se vé, si no cesan de interrumpirme á uno.... La mujer es un astro... No... Vamos, es tiempo perdido, hoy no estoy para el paso.

Luisa. (Abriendo la puerta.) ¡ Eduardo! ¡ Eduardo!

Eduardo. (Dando un puñetazo en la mesa.) Voto á... esto ya pasa de raya!... ¿ qué quieres?

Luisa. Siento incomodarte, pero vengo á decirte que ahí está ese jovencito, el que trajo ayer esos papeles.

Eduardo. Que se vaya al demonio, él y su Gran Turco enamorado! Pues no me faltaba otra cosa! Dite... dile...

Luisa. Mira, yo no entiendo de eso, tú se lo dirás mejor; pase V., caballero.

(Luisa se marcha y deja paso á un joven vestido muy modestamente, que se deshace en saludos y se queda plantado delante de la puerta, dando vueltas á su sombrero y sin decir una palabra.)

Eduardo. (Para sí.) Acordémonos que todos hemos empujado... Este mozo parece tímido... cualidad rara en el día... *(Invita cortésmente al joven á que se siente. Este lo ejecuta en una esquina del asiento, y dice con voz balbuciente:)*

Soy el autor de una pieza que habrán entregado á V. ayer. Desearia saber la opinión de V. acerca de ella... y si quisiese ilustrarme con sus consejos... tengo otros diez dramas entre manos, se los traeria á V. todos.

— No, no se tome V. ese trabajo; no tengo tiempo; devuelvo á V. su manuscrito.

— Al menos dígame V. qué le ha parecido el drama.

— El título solo me ha aterrado.

— Pues sin embargo, *Puñal, Veneno y Dogal* me parece que es título que anuncia...

— Sí señor, muchos horrores, y por eso mismo.

El Joven. Siento en el alma no oír la opinión de V. respecto de mi drama. Y qué me aconseja V. que haga con él?

Eduardo. Lo que V. quiera. Ya que lo tiene V. concluí-

do, nada arriesga V. en darle al teatro. Conque V. me dispensará, pero tengo mucha que hacer, y...

El Joven. (*Levantándose y saludando.*) Siento mucho haber molestado la atención. Cuando V. esté más desocupado me tomaré la libertad de traerle un tomo de poesías que pienso publicar.

Eduardo. Para qué? Publíquelas V. desde luego... Conque...

El Joven. (*Saludando y marchándose.*) Servidor de V.

Eduardo. Agur! (*Cerrando la puerta.*)

El Joven. (*Volviendo á abrir.*) Perdone V.; me olvidaba decirle que en la calle de San Mateo, número 50, cuarto cuarto, tiene V. su casa.

Eduardo. Estimando! Ya saba V. la suya. (*Cierra de golpe.*) Jesús, qué pesadez! Y luego quieren que no se niegue uno! Nada, nada; de hoy en adelante haré lo que los demás, y cerraré mi puerta á todo el que venga á verme... Eso es; y entonces me privaré de recibir á mis amigos.... Si mi muger y la criada fueran un poco de tacto.... Esa pongámonos de nuevo á la obra... y continúemos mi poema á la *Esperanza*... el título es bonito... estoy contento de habersele puesto... Dónde estaba? Ah! en la pintura de la muger... (*Pasándose la mano por la frente.*) El tal mocito me ha abuyentado todas las ideas... Vamos á ver! (*Llaman á la puerta de la escalera.*)

«Ángel consolador de la existencia»

No me gusta esto... (*Llaman otra vez.*) Maldito joven, con su puñal y su veneno! (*Repitiendo en voz baja.*) «Ángel consolador... (*Llaman otra vez con mas fuerza.*) Y va de tres! Si se habrán vuelto sordos en mi casa? (*Otro campanillazo mas fuerte.*) Agua va! Habrá salido mi muger con los niños, y la criada estará en algun recado. Ya pueden llamar entonces, porque no abra. (*Recitando.*)

«Ángel consolador de la existencia

Del hombre dulce apoyo y...

(*Suena un campanillazo furioso.*) Me van á echar la puerta abajo... No hay mas remedio que abrir. (*Levántase á abrir la puerta, y entrase de rondon un hombre alto y seco vestido de negro, con anteojos verdes, una gran chorrera, y las manos muy puercas.*)

—He estado llamando una hora... D. Eduardo de ***...

Eduardo. (*Querándole cerrar el paso.*) Qué se le ofrece á V.?

El Hombre alto. Es V. por casualidad?

Eduardo. Sí señor.

El Hombre alto. (*Meliéndose y dirigiéndose hacia el despacho.*) Me alegro infinito, porque he estado muchas veces á ver á V. y nunca le he encontrado... En Madrid no tiene nada de extraño; pero como yo vivo lejos, y el memorialista del portal me ha dicho que estaba V., no he querido irme sin...

Eduardo. Tendrá V. la bondad de decirme en qué...

El Hombre alto. Sí señor, á eso voy. Deseaba que V. me concediese dos minutos de audiencia; es un asunto sumamente sencillo.

Eduardo. (*Observándole con atención.*) No trae papeles, puedo aventurarme. (*Le deja paso y le ofrece un asiento en su despacho. El hombre alto se arrellana en el sillón y saca la pelaca.*)

El hombre alto. Pues señor, el caso es el siguiente... ¿Gusta V.?

Eduardo. No señor, gracias, no fuma.

El hombre alto. ¡Dichoso V! A mí no me bastan dos cajetillas al día. Me lo han aconsejado los médicos para facilitar la expectoración. (*Enciende un fósforo.*) Pues señor, como decía á V., el caso aunque sencillo es un poco largo. (*Enciende el cigarro. Eduardo frunce las cejas y lanza un suspiro.*) Aquí donde V. me vé, soy un hombre que ha viajado mucho... he corrido medio mundo... de resultas de un sin número de aventuras que sería muy largo contar á V... encontrábase yo cierta mañana de invierno en medio de los Apeninos... le puedo asegurar á V. que no tenía calor.

Eduardo. ¿Pero dígame V., caballero, me va V. á contar su historia?

El hombre alto. (*Continuando sin hacerle caso.*) Otra vez estando en Africa en mitad de la caticula, por cierto que tomé una mutación, y se me oscureció de tal modo la tez, que parezco un mulato como usted vé.

Eduardo. (*Impaciente.*) ¡Caballero! yo no sé si V. es ú

no mulato, ni eso me interesa, sino que V. me diga á lo que viene.

El hombre alto. También en una ocasión hice á pie el camino de Milán á Nápoles. Hay una distancia regular. Llevaba unas botas rotas por circunstancias que sería prolijo enumerar. (*Presentándole de nuevo la pelaca.*) ¿Usted usó?

Eduardo. (*Incomodado.*) He dicho á V. que no, y ahora le añado que el tiempo es precioso y que se sirva decirme cuanto antes lo que quiere.

El hombre alto. Voy pues al caso. Por la ligera rescña que acabo de hacer á V., habrá venido en conocimiento de las muchas aventuras que me han pasado en treinta años de viajes. Ahora bien, yo sé que V. escribe dramas y novelas, y podemos hacer fortuna las dos. Le vendo á V. mis aventuras, y V. las aprovecha para sus publicaciones, y se lleva toda la gloria.

Eduardo. (*Sentándose.*) Señor mío, si yo hubiera adivinado el objeto de su visita de V., no hubiera durado tanto. Yo no compro aventuras.

El hombre alto. ¡Cómo! ¿Se niega V! Mire V. que es un negocio seguro, y que yo le hubiera hecho un trato muy razonable. (*Eduardo se encoge de hombros y se sienta con desden dirigiéndose hacia la puerta.*) En fin, una vez que no quiere V... hágame V. la caridad de prestarme un día... porque me halla bastante apurado... y no sé...

Eduardo. (*Abriendo la puerta de su despacho é intimándole que se marche.*) Si V. hubiera empezado por ahí, tal vez lo hubiera conseguido; ahora es escusado que V. insista, porque yo no acostumbro á hacer limosnas por sorpresa. (*Alzando la voz.*) Jacinta, abre la puerta.

El hombre alto. (*Desheciéndose en saludos y marchándose.*) V. dispense... Yo, ya se vé... un apuro... Beso á usted la mano.

Eduardo. Vaya V. con Dios.

(*Le despiden secamente y vuelven á encerrarse en su despacho con muy mal humor. Coge la pluma y repite en voz baja.*)

«Ángel consolador...»

—¡Habrá truan! Impulsos he tenido de...

«La muger es un ángel, un tesoro...»

—Ni sé lo que me digo... Tengo la cabeza perdida.... Vamos á ver, meditemos un poco, y tal vez... (*Apoya la frente en la mano y quédase pensativo. Luisa abre la puerta con viento y asoma la cabeza diciendo.*)

Eduardo, perdona, una palabra no mas,

Eduardo (*Sin contestar.*) Continuemos:

«Supremo bien...»

Luisa. ¿Has oído, Eduardo?

Eduardo. (*Volviéndose sorprendido.*) ¿Qué es?... ¡Ah! Vamos á ver: ¿qué hay?... ¿qué quieres ahora?... ¿acabaremos hoy?... ¿se ha pegado luego á la casa?...

Luisa. ¿Cómo le quieres, frío ó con salsa?

Eduardo (*dando un puñetazo sobre el pupitre, de cuyas resacas van por el suelo los papeles, y déjase caer desanimado sobre el respaldo del sillón.*) ¡Esto es insupportable... inaudito... tremendo!... ¡Incomodarme por un pescado... por un guisote... cuando no he podido en toda la mañana hacer un verso!... ¡Quitate de ahí... Tú no debías ser mi mujer... Debías estar casada con un memorialista...

Luisa. Vaya, bien; pues entonces le comeremos con aceite y vinagre (*vase*).

(*Eduardo, que ha vuelto á quedarse solo, permanece inmóvil y anonadado contemplando su pupitre. Cálmase por fin, y cuando, habiendo recogido de nuevo sus ideas, toma la pluma y se dispone á escribir, oye á sus hijos gritar en coro á la puerta diciendo:*)

—¡A comer, papá, á comer; la sopa está en la mesa!

(*Eduardo, desesperado, arroja por última vez la pluma exclamando:*)

—Aquí tienen VV. la mañana de un literato!

El Buen Samaritano.

«V se levantó un doctor de la ley y le dijo por tentarle:—Maestro ¿qué haré para poseer la vida eterna?—Jesús, tomando la palabra, contestó:—Un hombre bajaba

de Jerusalem á Jericó y dió en manos de unos ladrones, y despues de haberle herido le dejaron medio muerto y se fueron. Aconteció, pues, que pasaba por el mismo camino un Sacerdote, y cuando le vió pasó de largo. Y asimismo

un Levita, llegando cerca de aquel lugar y viéndole, pasó tambien de largo. Mas un Samaritano que iba su camino se llegó cerca de él, y cuando le vió se movió á compasión; y acercándose le vendó las heridas, echando en ellas



aceite y vino, y poniéndole sobre su bestia lo llevó á una venta, y tuvo cuidado de él; y otro día sacó dos denarios y los dió al mesonero, y le dijo: — Cuidamele, y cuanto gastares demas yo te lo daré cuando vuelva. — ¿Cuál de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel que dió en manos de los ladrones? — Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. — Pues vé, le dijo entonces Jesus, y haz tú lo mismo. »

(Evangélio, segun San Lucas, cap. X.)

A UNA FLOR.

¡Oh flor hermosa de aromada esencia!
Jamás mis ojos la verán inerte:
Esta encendida flor, que la clemencia
Destinó para mí de una alma fuerte,
Irá por siempre unida á mi existencia,
Y cuando arree el huracan de muerte
Que ha tiempo en torno de mi frente zumba,
Ella conmigo bajará á la tumba.

TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con el presente número recibirán nuestros suscritores el prospecto del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, que rogamos lean con detenimiento.

La obra que regalamos se repartirá en Madrid del 15 al 20 de diciembre, porque antes no habrá ejemplares en

número suficiente para hacer la distribucion de una vez: en ésta se procederá bajo el mismo sistema que se observó el año anterior, con el regalo correspondiente al actual.

Con la debida anticipacion anunciaremos el dia que haya ejemplares de LA TIERRA.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO ANTERIOR.

Don Leandro Fernandez de Moratin escribió con el título de *El Gran Teatro* el siguiente epigrama:

EL MUNDO COMEDIA ES,
Y LOS QUE CIÑEN LAURELES,
HACEN PRIMEROS PAPELES
Y Á VECES EL ENTREMES.

EXPOSICION RAZONADA del método de enseñanza universal de José Jacotot y de algunos ejercicios para practicarlos en el estudio de la lectura, de la escritura, y de la lengua materna.

Hay muchos padres de familia á quienes no satisfacen los resultados que obtienen sus hijos en las escuelas de instruccion primaria; hay madres que de buen grado conseguirian dos horas diarias á la enseñanza de los suyos, si conocieran algun medio de suplir sin desventaja los oficios del maestro autorizado por la ley; hay, en fin, profesores de educacion que comprenden toda la importancia de su ministerio, y desearian enterarse de los métodos nuevos con ánimo de corregir lo defectuoso y desterrar lo absurdo que indudablemente observan en los actuales. Para unos y otros se publicó este libro.

Un tomo de 144 páginas en 8.º, edicion bella y compacta, á 4 rs. en rústica. Librerías de *La Publicidad*, calle de Correos; y de *Castillo Brun*, calle Mayor.

TELEMACO, HIJO DE ULISES, por FENELOX. Nueva versión castellana de don J. A. M.

Un tomo de 150 páginas en 8.º, bella y compacta edicion, á 2 rs. en rústica. Librerías de *La Publicidad*, calle de Correos, y de *Castillo Brun*, calle Mayor.

Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.